

El partenaire-institución

*Claudia Lijtinstens
Eduardo Abello.*

Sostener efectivamente un trabajo de psicoanálisis aplicado en una institución para adolescentes psicóticos, como lo señala Stevens, no solo significa tener a la teoría psicoanalítica como referencia conceptual, o contar con psicoanalistas en el interior del equipo, sino de que la institución misma esté atravesada por el discurso analítico, y que quienes trabajen en ella estén, de la misma manera, también "atravesados" en sí mismos, uno por uno, por el psicoanálisis, incluidos sus efectos de intensión. Esto permite consolidar una clínica, la psicoanalítica, a partir de los efectos en la terapéutica, en la clínica misma y en la demostración de sus resultados.

Respecto a la función de partenaire de la institución podemos señalar que lo que se intenta aprender en Avenir es la lengua particular del paciente, tomando la mayor distancia posible del sujeto-supuesto-saber, proponiéndole un saber abierto, expuesto a la sorpresa, al estupor, a los avatares de la clínica, para ayudar al sujeto psicótico a construir ese saber no-estándar -aquel saber no mediado por la significación fálica-, dando cabida a la singularidad de cada abordaje, evitando toda identificación a un rol o rendimiento esperado, y privilegiando la relación y el funcionamiento de cada sujeto con su goce.

El trabajo entre varios insinúa la inconsistencia del Otro, poniendo en escena un partenaire pluralizado, instrumento principal del dispositivo entre varios y que se orienta, no a elaborar un mas de saber por el hecho de ser un conjunto sino justamente un menos, un descompletamiento de ese saber. Es a partir de esta disposición particular, que se pueden desplegar intervenciones que contemplen el necesario acoplamiento a la construcción que el sujeto realiza, entrando en sintonía con esa elaboración particular del tratamiento del Otro.

La reunión clínica es otro de los instrumentos estratégicos del dispositivo; allí se orientan las intervenciones uno por uno y se elabora y escribe la construcción del caso.

Allí, los intervinientes transmiten acerca de los restos de lo Real de los jóvenes, dando lugar a un saber que se inventa, renovando la práctica y

provocando lo nuevo cada vez.

Hemos aislado tres invenciones originales de sujetos psicóticos en donde se resalta que ese acontecimiento, contingente, de invención subjetiva, está relacionado, sostenido y apoyado por la institución como condición necesaria para que ese acontecimiento se inscriba, posibilitando desde esta posición de hallazgo entre varios, la creación, la construcción de un Otro mas a la medida del sujeto, que lo pacifica , que le permite conectarse al otro y mantenerse en un pseudo-lazo social.

A.(18) llega a la institución con 13 años, derivada por un juez de menores a raíz de episodios de maltrato en el seno de su familia. Su operación de autodefensa del goce del Otro la mostraba renuente a todo contacto con los demás, esquiva a la iniciativa del Otro.

Hacia deconsistir a ese Otro a través de la palabra, intentando unir los dos polos de la sexuación humana, para llegar a confundir o fundir la división sexual, no aceptando la no-relación e intentando una sutura simbólica de la misma a través de una serie de sigtes. metonimizadas, por ejemplo: la Vega viraba a Diego de la Vega, y de allí a El Zorro (vulg. genit. femen) sin llegar a anclarse en ninguno de ellos.

La aproximación cautelosa de los intervinientes se valió de algo siempre repetido por A. y era la referencia a que la charlaban, término teñido de características de injuria que la hacía objeto de un mortífero maltrato por la palabra. Así se instaló lo que ella denominó el charlatorio. Este neologismo daba nombre a aquello en lo que se convirtió Avenir para ella: el lugar en donde ir a relatar sus ocurrencias, donde siempre había un maltratado o ella como maltratadora. Cuando se quedaba sin material narrativo, sus acompañantes estaban obligados continuar el relato, dictando siempre ella los cánones del mismo, en el cual el terror, la violencia, la traición debían siempre estar presentes. Esta invención del sujeto sostenida por la institución-partenaire, posibilitó que A. hablase, se riese, mirase a los compañeros e intervinientes, cada vez más desenvuelta a medida que este encuentro de palabra original se ponía en práctica.

Es a partir de este entramado simbólico que se fue construyendo que A. consintió un vínculo diverso al Otro, el cual le permitió, inclusive respecto a su posición sexuada, generar un viraje tomando apoyo en una identificación erigida a partir del ingreso de una paciente de su misma edad, de características muy extrovertidas y marcadamente femeninas. Esto fue provocando, a medida que entraba en el molino del charlatorio, la desaparición de las referencias a los personajes ambiguos en cuanto a la sexualidad, acompañado por otro lado de una transformación llamativa de su apariencia.

En una ocasión luego de una huída de su casa, A. regresa golpeada, maltratada luego de un


encuentro sexual. Es posible deducir que la sexuación encuentra así la marca en su cuerpo bajo el signo del maltrato; lo sexual queda anudado al maltrato como ese signo que, a partir del hallazgo original del charlatorio, se hace presente de una forma nueva y le permite ahora también por esta vía, consentir al Otro.

B.(20) es derivado por la institución especializada a la que asistía por la imposibilidad de limitar sus actos agresivos No salía de su casa desde hacía meses y pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, junto a su ropero repitiendo: estoy muerto. También en Avenir fueron en un primer momento frecuentes los episodios agresivos o sus pasajes al acto. Pero poco a poco logró enlazarse con un interviniente con quien mantuvo casi el único vínculo en la institución, al punto de quedar ambos un poco capturados en eso.

B. manifestaba, traduciendo la angustia que lo invadía, su imposibilidad de soportar la presencia del Otro que continuamente le hacía signo, forzándolo a que su instinto asesino o el dinosaurio le saliese de adentro. Cualquier sigte se le tornaba amenazador y disparador de su psicología de los opuestos, como él denominó a este intento de interpretación de la realidad, en la cual él, el mutante, no podía anclarse a ningún significante que lo pacificara. Fue a partir de una maniobra de desplazamiento del interviniente, destituyéndolo de ese lugar peligroso e incluyendo a otros, pluralizando ese partenaire, que pudo resonar en él la iniciativa de otros, a partir de lo cual se reapropió de un espacio aislado en la casa denominándolo el laboratorio, en donde se abocó ininterrumpidamente a la creación de objetos sumamente bizarros y con prevalencia de lo agresivo y lo violento. Esto le fue permitiendo realizar y sostener una elaboración delirante megalománfaca – soy científico, soy un cerebro privilegiado, soy Jimmy Neutron - que logró estabilizarlo con un capitonaje inédito, que le permitió relacionarse sin demasiados temores y sin agresiones, y continuar en el armado de su lengua privada.

C.(18) se siente perseguido, las mujeres lo miran a él. Es derivado también por un juzgado de menores, a causa de su reacciones violentas y su aislamiento. Su cuadro se vuelve crítico luego de que la nueva pareja de su madre le insiste en que debe levantarse las minas y hacer cama redonda con ellas. Él es el desocupado. Al principio, toda mujer lo concierne, lo mira, lo sigue, lo busca para ocuparlo. Pero su pregunta es cómo abordar a una mujer, si no tiene nada para dar, al tiempo que enumera ilimitadamente sus carencias.

Las intervenciones que la institución realiza privilegiando el cuidado de su imagen, haciéndolo participar de actividades en el exterior de la misma, proveyéndole de ropa, hacen virar su inicial aislamiento y desconfianza permitiéndole desembarazarse del significante “desocupado”



que lo nombraba para tomar otro: Rickín, equivalente a rico, que modifica sustancialmente sus ideas de persecución, y lo traslada de una posición –desocupado- vaciada de significación, que lo impulsaba a la acción para poder estar ocupado, a otra más pasiva, que le permite dar cuenta de otro modo de la mirada de las mujeres, de manera menos acuciante, menos angustiante. Ahora hay un velo –su ropa de marca, por ejemplo- que le sirve para que esa mirada no caiga directamente sobre su ser. Así, empieza a poner límite al goce del Otro, a introducir un orden, a distinguir primero las mujeres ocupadas de las solteras, y luego a una mujer en particular, pero convirtiéndose esa búsqueda en un trabajo sisifeyco, tratando de asegurarse de no encontrarla nunca, dando rodeos, escribiéndole cartas, pensando todas las formas posibles de aproximarse a una mujer y no eligiendo nunca ninguna.

Esa especie de órgano suplementario en que se constituyó su ropa nueva, le permitió articular un saber con el cual logró ir localizando el goce del Otro, permitiendo un acercamiento. Finalmente llega a pedir a sus intervinientes que se dirijan al juez, para que sea éste quien le hable a la mujer que le interesa, explicándole sus condiciones.

Entre él y las mujeres están ahora el juez, las cartas y la ropa.

Esta práctica que posibilita la demostración de resultados y de efectos en la terapéutica y clínica apunta a crear y verificar la dimensión de acontecimiento del sujeto, que solo es posible a partir del cálculo y la puesta en acto de una intervención regulada, móvil, abierta a la contingencia y que, enmarcada en la institución como partenaire, da lugar a una construcción sinthomática excepcional.